

Ha querido por el contrario que estas dos potestades pudieran sostenerse y auxiliarse recíprocamente. La union de estas dos potestades es un don del cielo, que les da una nueva fuerza, y las pone en aptitud de llenar los designios de Dios sobre los hombres; el mundo está bien gobernado si ellas estan de acuerdo; si llegan á desunirse, las instituciones mas sábias estan amenazadas de una ruina próxima." (Jamin).

### CARTA QUINCUGESIMA TERCERA.

EL CONDE DE VALMONT AL MARQUEZ.

Despues de mi última carta y de las noticias mas favorables que os he dado sobre el estado de Emilia, nuestras esperanzas crecen, bien que sin quitarnos todavía la inquietud por el porvenir. Los desfallecimientos ya no son tan frecuentes; pero queda todavía una fiebre lenta y obstinada, que por lo ménos anuncia que la total curacion no está tan próxima como hubiéramos pensado. Si yo conociera ménos el valor y devocion de mi querida Emilia, temería en ella la mas funesta recaída, cuando al fin llegase á saber todas mis desgracias. Sobre este asunto ya no me queda esperanza ninguna. No hallo amigos, porque no he sabido elegirlos, y porque ademas, como vos lo habeis experimentado demasiado, no quedan en la corte amigos fieles á quien ha caido en la desgracia. La mia me da todavía mucho que temer; ¿y podría yo amar aún la autoridad que me abrumba? Este es el esfuerzo mas heroico de la religion. Ella me manda este esfuerzo: ayudadme á obedecerla, padre mio. Si Emilia solo tiene ya que correr la suerte de un proscrito, si todos los dias de su vida tiene que reprocharme la desgracia de sus hijos y su propio infortunio, ¿qué me quedaría que desear... si nó la muerte?

Pero no: yo debo vivir para consolarla, puesto que ella se digna amarme todavía. Debo vivir

para ofreceros diariamente los homenajes de un corazon reconocido, para sacar provecho de vuestros cuidados y de vuestros conocimientos, para reparar mis ofensas á un Dios clemente y bueno, á quien desconocí, de quien tan indignamente blasfemé... Con todo, si Emilia me fuese arrebatada; si el cielo en su cólera... ¡Ah! no puedo soportar esta idea; ¿pues como soportaría su realidad? ¿Qué fuera para mí el peso de la vida? ¿Tendría yo nunca bastante valor para sobrevivir á la esposa mas tiernamente amada, á quien yo mismo se la hubiera quitado? ¡O padre mio! ¿qué recurso hallaré dentro de mí para tanta pena? ¡Ay de mí! Demasiado lo conozco, mi fuerza es nula: mi flaqueza es demasiada. Ya no tengo aquel fuego, aquella impetuosidad de carácter y de sentimiento, que hubiera podido servirme para la virtud, cual tantas veces me sirvió para el vicio. Me observo y no me conozco; desfallezco, me abato y me desaliento; sucumbo con solo la aprension de males que ni existen quizás. ¡Oh! no es así como Emilia sobrelleva los suyos. Aquellas almas tan fieras ántes que la adversidad las pruebe, ¿qué cobardes son, si la religion no las apoya! En ella me haréis encontrar, padre mio, el verdadero valor de que necesito. Ya ella ilumina mi razon; pero todavía nó habla sino débilmente á mi corazon. En los primeros momentos, yo me creia capaz de los mas grandes sacrificios; y volviendo á caer mas reflexivamente sobre mi mismo, no veo en mi cosa que no me estremezca, y de que secretamente no murmure. ¡Gran Dios! ¡Cuántas amarguras trae consigo un mal paso, y cuantos motivos de arrepentimiento procura!

Me interrumpen... Un desmayo nuevo acaba de sobrevenir á Emilia... Temen, se dice... Voy corriendo allá, á riesgo de cuanto puede sucederme. ¡Ó Dios! ¡Dios! ¿Qué será de mí?

¡Siempre terrores nuevos! Este desmayo ha durado mucho tiempo, muchísimo tiempo. Muchos dias hace que no lo experimentaba semejante; bas-

taria uno de esta naturaleza para hacerla perecer. Todo lo he arresgado en el estado en que estaba. Sin embargo de las precauciones que tomé, me apercibieron al salir de casa; y solo por un número infinito de vueltas pude escaparme de los que me seguían. Los horrores de la mas oscura prision me aterraban ménos que la idea de no volverla á ver, de separarme de ella para siempre. Ahora que sepan que estoy todavía en Francia, en Paris, ¡qué fácil será descubrir mi retiro! y ahora ya no me será posible huir, aún cuando pudiese resolverme á ello. Que hagan pues de mí lo que quieran; que un golpe de autoridad me hunda en el abismo de la desgracia; que esa misma autoridad, que vos quereis que yo ame, que respete, me remache para siempre las prisiones. . . . ¡O patria mia! Ingrata patria! Yo hubiera podido servirte todavía. . . . como mi padre, que tan bien te ha servido. Sea enhorabuena, tú no eres digna de mis pesares. Tú puedes privarme de la luz del dia y de la libertad. . . . Pero mi Emilia, mi padre, que vive todavía en mí, mi hijo, ¿qué sucederá con ellos?

¡Ah! ¡qué dura es la autoridad de los hombres, y cuan pesado su yugo! cuán sujeta vive al error! porque al fin; Lausane es quien ha hecho todo el mal; y yo he de ser castigado.

¡Ah! ¡Con que hay, respecto á la religion, una autoridad mui mas segura que me habeis hecho conocer? Conozco toda la necesidad de ella. Solo ella puede fijar mis dudas; solo ella merece ser árbitra de mi creencia, el juez de mi fe: y ella lo será. Al ménos ella dará tranquilidad á mi espíritu, si mi alma agitada por tantos motivos, no puede tranquilizarse sobre lo demas. Siendo incapaz de engañarme esta Iglesia á que me remitis, andaré á paso firme bajo su luz; y si, lo que es imposible, me engañase, ¿qué tendría yo que temer en el tribunal del soberano juez? ¿Y no tendría razon para decirle: „Dios mio! yo necesitaba un guia. Demasiado incierto, demasiado irresoluto por mí mismo, mui cercado de

„mil sectas diversas, que aspiran todas á la verdad, „y solo tienen por regla la opinion bajo el bello „nombre del Evangelio, yo necesitaba una regla „mas segura, un tribunal mas digno de mi sumision y de mi confianza. Me lo habeis prometido, me lo habeis dado. ¿Y podría yo pensar que „me extraviara? ¿Y no seriais vos, ó Dios mio, quien „me hubiera extraviado?”

No, no; Dios no se contradice consigo mismo: sus promesas son inviolables; yo me fio en ellas; y por cuanto á la total conversion de mi corazon, descanso, padre mio, en vuestras oraciones y en vuestra ternura para conmigo.

### CARTA QUINCUAGESIMA CUARTA.

EL MARQUEZ DE VALMONT AL CONDE.

¡Desgraciado jóven, qué compasion mereces! A los males que sufres añades el todavía mas doloroso sentimiento de los que temes; y parece, que para mejor castigarte de antemano, te complaces, por una inútil prevision, en formar tu propio tormento. Si Emilia te sobrevive, como sin cesar lo pido al cielo, ¿qué puedes perder? Si conservas tu libertad, si en ella sirves al Señor, en cualquier lugar que sea, ¿una esposa como la tuya, tu padre, tu hijo, no podrán, por lo que es tu tranquilidad, valerte por todo el universo? ¡Siempre las preocupaciones, Valmont! No mas rango en la corte y soberbia esclavitud; no mas consideracion y crédito; no mas opulencia, aunque lo que sobra á Emilia, en un reino en que las faltas son personales, puede mui bien bastar á los dos; no mas nombre y títulos en los lugares en que te sea permitido existir; y de aquí sin duda inferes, que ya no habrá tampoco paz y felicidad. ¡O amigo mio! ¡jamás aprenderás á despreciar las sombras, los fantasmas que te engañan, y á justipreciar las dulzuras de la religion y del sentimiento? ¡Vaya!